

PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ.

FILOSOFIA E ILUSTRACIÓN EN SIMÓN BOLÍVAR

Abstract: This essay attempts to situate Simón Bolívar's personality in the context of Latinamerican Illustration's program; although, beyond the traditional frames of philosophical academic patterns of approach. Indeed, the purpose is to analyse Bolivar's philosophical ideas, from the point of view of the progressive and disalienating trends of thought, within Latinamerica's Humanist Tradition.

Los grandes hombres al ser objeto de tantas valoraciones no pueden escapar de convertirse en víctimas también de las más colosales tergiversaciones, hiperbolizaciones y hasta divinizaciones. En proporción directa a la magnitud de la personalidad histórica de que se trate, así será el efecto del daño causado a su justipreciación.

Ningún analista -y tampoco el que suscribe-, puede escapar a la tentación de presentar una visión, parcializada por su óptica profesional, de la figura objeto de estudio, la cual se siente obligado a caracterizar por sus mayores o menores aproximaciones a lo que asume como principios de su actividad intelectual concreta.

Si bien resulta en ocasiones incómodo y hasta ridículo lograr demostrar que la personalidad en cuestión se haya pronunciado explícitamente sobre esferas de la vida social muy específicas, hay otras como la filosofía, la política, la moral, la religión, etc. en las que no sólo es relativamente fácil encontrar asideros evaluables, sino que se impone y exige esclarecer concepciones y enjuiciar acti-

tudes. En el caso de Simón Bolívar no es extraño descubrir enjuiciamientos unilaterales como hombre de acción más que de verbo. Pero tampoco faltan las visiones más intelectualistas que lo desean presentar como filósofo¹, identificado con una u otras corriente de su época o posterior, aun cuando éstas sean tan hostiles entre sí como el positivismo y el tomismo².

El presente trabajo pretende situar la personalidad de El Libertador en el contexto de la ilustración latinoamericana, pero sobrepasando los tradicionales marcos de una concepción académica de la filosofía. En su lugar se trata de hacerlo dentro de lo que ha sido común en la trayectoria humanista y desalienadora del pensamiento latinoamericano a través de sus reflexiones filosóficas. La cuestión no es hacer de Bolívar un filósofo. Como tampoco es prudente hacer de Martí o el Che filósofos. Sin embargo, a ninguno de ellos se les puede negar sus incursiones en el terreno del saber filosófico, a fin de complementar la eterna liberación humana.

No sólo resultaría estéril asumir la obra de Bolívar con la pretensión de convertirlo en un Hegel, sino dañino por las implicaciones que traería aparejado tratar de situar su praxis teórica al mismo nivel que su praxis política.

Bolívar fue ante todo un representante de la vanguardia de los genuinos hombres de su época. Y una época de ilustración reclamaba hombres ilustrados e ilustradores, que supieran asimilar las ideas más avanzadas del momento, pero que no se contentaran con la acomodaticia postura de ser iluminados por el pensamiento euro-

1 "Pero además de pedagogo y visionario, Bolívar fue también un filósofo". Luis Villalba Villalba, "Bolívar, filósofo, político y legislador" en Bolívar, filósofo, político y legislador. Ciclo de Conferencias. Universidad del Zulia. Editorial Maracaibo. 1982. p. 420.

2 El escritor colombiano Estrada Monsalve considera que "todo su sistema político se mueve dentro de la órbita tomista", en tanto Mario André sostiene que "Bolívar es el primer positivista americano". Obra cit. pp. 421-422.

peo. Hombres que supieran encontrar en la circunstancia histórica específica de nuestra América en que se desenvolvían el escenario adecuado para enriquecer su visión del mundo. Así se nutrió primeramente de sus maestros en estas tierras: Simón Rodríguez, Miguel José Sanz o Andrés Bello, quienes desde nuestra perspectiva sembraron en él el germen del espíritu ilustrado y posteriormente en Europa continuaron cultivándolo. Pero ese proceso no concluyó en el mal llamado Viejo Mundo, realmente culminó durante su campaña independentista, donde junto a la espada no sólo le acompañaban permanentemente los libros, sino el diálogo constante oral y epistolar con tantos hombres que como él también portaban el espíritu de la ilustración en estas tierras.

Ya sus contemporáneos reconocían que era un hombre profundamente culto, conocedor de los clásicos grecolatinos, pero muy especialmente los de la Ilustración. Así se demuestra en una carta a un periodista francés en la que escribe:

Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D' Alembert, Helvecio, Montesquieu, Mably, Fillangiere, Lalande, Rousseau, Rollin, Berhot y todos los clásicos de la antigüedad y a todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses"³

Esto indica que sus ideas emancipatorias no eran el resultado de un mero capricho o de un espíritu aventurero, sino que estaban suficientemente fundamentadas en el plano teórico y en especial en el orden filosófico, donde las ideas de los enciclopedistas ocupaban un sitio privilegiado⁴.

³ Citada por Francisco Pividal Padrón en "Bolívar: viajero, conspirador y diplomático" en Julio Carreras, Antología bolivariana. Editorial Ciencias Sociales. 1986. p. 19

⁴ "En 1828, fueron catalogados sus libros para ser obsequiados a Don Joaquín Mosquera; el inventario de su biblioteca informa que su librería estaba compuesta por clásicos griegos y latinos, por obras relativas

Bolívar no llegó a escribir obras propiamente filosóficas, pero en todo su epistolario, en numerosos documentos, proclamas, etc., se aprecian innumerables reflexiones de profundo carácter filosófico respecto a los más diversos problemas, entre ellos la existencia de Dios, las potencialidades de la naturaleza, el conocimiento humano, el poder de la ciencia, el papel de las artes, de la moral y de las ideas en el desarrollo social, entre otras. En ellas se aprecia tanto su concepción particular sobre el lugar de la filosofía en el saber humano, como la recepción creadora que hay en él de las ideas de la ilustración y en general su ideario profundamente humanista. Por supuesto que un estudio más detallado de este aspecto de su pensamiento podría ser objeto de periodizaciones y clasificaciones, como nos tienen acostumbrados las investigaciones en el terreno de la historia de las ideas. Pero sólo se aspira, por el momento, a destacar algunas de sus reflexiones sobre estos temas elaboradas en su época de mayor madurez intelectual, fundamentalmente en la última etapa de su vida, cuando en ocasiones, nubes escépticas no dejaron de empañar su mirada sobre los hombres, pero sus evidentes sombras no deben enturbiar ahora nuestra visión retrospectiva de su ideario. Su misión emancipatoria no se limitó a derrumbar los poderes políticos que subyugaban al hombre latinoamericano, sino también otros seudopoderes que han enajenado al hombre cuando éste no posee los instrumentos adecuados para destruirlos.

Para efectuar este análisis se hace necesario comenzar por valorar los criterios de El Libertador sobre la filosofía misma. En una carta a Santander de 1824 dejaba sentadas algunas consideraciones respecto a la filosofía misma cuando escribía:

a la época napoleónica y los escritos de los filósofos enciclopedistas del siglo XVIII, que era su lectura predilecta y sus compañeros inseparables, a más de las obras de Grocio,..." en Alberto Miramóm, Los libros que leyó Bolívar. Publicación de la Asociación Colombiana de Bibliotecarios. Bogotá. 1959. p 5.

Yo tengo necesidad de satisfacer esas pasiones viriles, ya que las ilusiones de mi juventud se han apagado. En lugar de una amante, quiero tener a mi lado a un filósofo; pues en el día yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia”⁵.

Esas razones lo habían llevado a llamar a su lado de nuevo a su maestro Simón Rodríguez, lo que significaba que en determinados momentos de retiro espiritual necesitaba aún más de la filosofía. Aunque en verdad ésta nunca estuvo ausente durante sus permanentes polémicas y fieros combates por la independencia de América, ni en sus incursiones pedagógicas como se muestra en una carta que escribe a un sobrino, en la cual, al darle algunas recomendaciones con vista a que se preparase para un examen le otorgaba consideración especial a la filosofía. Bolívar confiesa su optimismo filosófico cuando en ese mismo año en otra carta escribe:

Mis tristezas vienen de mi filosofía, y yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio⁶.

Resulta interesante este criterio suyo que no es lo común a muchas personas que reflexionan sobre las cuestiones más trascendentales cuando entran en algún período de crisis existencial y por lo general se cuestionan hasta el sentido mismo de la vida. En el caso de Bolívar parece que no fue ésta la actitud predominante, una vida como la de él, cargada constantemente del entusiasmo que debía transmitir a sus hombres en una empresa emancipatoria tan colosal, tenía que estar impregnada de un optimismo permanente renovable.

Sin embargo, su optimismo descansaba en una visión profundamente realista del medio social en el cual desen-

⁵ Bolívar, S. Carta a Santander del 6 de mayo de 1824. Obras completas. Editorial Lex. La Habana. 1947. T. I. p. 964.

⁶ Carta al Marqués del Toro del 10 de noviembre de 1824. Idem. V. I. p. 999.

volvía su acción y no se dejó arrastrar por filantropías abstractas ni filosofías estériles, que le perturbaran sus empeños liberadores de la falacia. Precisamente, una de sus críticas principales a los anteriores gobiernos coloniales, que idealizaban al extremo las formas del ejercicio del poder, la formuló desde muy temprano en su misión independentista cuando sostenía que:

los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vió realizada⁷.

El espíritu de la Ilustración le esclareció la visión lo suficiente para emprender su labor emancipatoria imbuida del más arraigado humanismo, pero despojado de la mayor posible indumentaria de idealizaciones estériles que lejos de coadyuvar podrían entorpecer su misión. Y para evitar todo tipo de hiperbolizaciones sobre las "bondades naturales" del hombre, Bolívar situaba su propia persona como objeto permanente de reflexión autocrítica. A través de ese autoanálisis y de la valoración frecuente y compartida de los hombres con los cuales era necesario desarrollar aquella epopeya, partía del mismo presupuesto que inspiró a Martí posteriormente, al considerar imprescindible hacer la revolución con los hombres tal como son y no como deberían ser.

El pensamiento ilustrado y en especial la filosofía, que lo sustanciaba, sin dudas, constituía para Bolívar un insustituible instrumento del cual la humanidad ya no podría prescindir jamás en su progresiva marcha desaliena-

⁷ Bolívar, S. Cartagena de Indias. 15 de diciembre de 1812. Documentos. Casa de las Américas. 1975. p. 9

dora. Esto se aprecia claramente en su célebre discurso de Angostura de 1819 en el que sostenía:

ya todos los seres que piensan han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes; en qué consiste la excelencia de los gobiernos y en qué consisten sus vicios. Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos⁸.

De tal modo -como pudo apreciarse anteriormente- quien criticaba aquellos sistemas filosóficos que alejados de la realidad en lugar de ayudar a dominarla enajenaban mucho más al hombre, a la vez sabía otorgar el valor necesario a las teorías filosóficas que contribuían al enriquecimiento de la condición y la plenitud humana, como prevalecía en la Ilustración.

Hay varias ideas de Bolívar que desde el punto de vista filosófico resultan muy significativas, pues ellas tienen que ver con problemas de mayor magnitud como es la cuestión del determinismo universal. Coincidiendo con una postura muy spinoziana de la causalidad, Bolívar considera que la naturaleza es causa de sí misma cuando sostiene en una carta a José Joaquín Olmedo de 1825:

Mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, (subrayado P.G.) dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano ni el contagio de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie⁹.

Cuando Bolívar sitúa a la naturaleza con cierto grado de autodeterminación ontológica, llega a situarse en una posición coincidente en cierto modo con las tesis spinozianas sobre la naturaleza como "causa sui", pero a la vez

⁸ Bolívar, S. Discurso de Angostura 15 de febrero de 1819. En Miguel Acosta Saignes, Introducción a Simón Bolívar. Siglo XXI. México, 1983. p. 99.

⁹ Bolívar, S. Obras completas. Ed. Cit. T. I. p. 1.116.

en una postura algo más avanzada incluso en relación con concepciones deístas que fueron propias de otros pensadores de la Ilustración, como Voltaire, y que ejercieron gran influencia sobre él. Su concepción sobre la naturaleza como idéntica a su asumible creador¹⁰, no impide que su pretensión desmitificadora sea marcada. No obstante, su admisión de la intervención divina, al privilegiar la acción humana, que según él se crece al conocer las reales potencialidades de la naturaleza y las del propio género humano. Debe destacarse el lugar que él le asigna al hombre en esa correlación de fuerzas. A su juicio el hombre posee una libertad de acción "natural", que le permite emprender obras colosales, como la independista que él lideró y que explicaba desde las posiciones del ius-naturalismo. En esto coincidía también con el espíritu reinante en la Ilustración y se distanciaba de las ideas más conservadoras de la escolástica en el pensamiento latinoamericano de la época.

Por otra parte, debe tomarse en consideración lo señalado por Arturo Andrés Roig en relación con que:

nuestra ilustración, por lo menos en su primera etapa, no hizo profesión violenta de antiescolasticismo (...) la escolástica coetánea con el humanismo ilustrado fue decididamente ecléctica y modernizante¹¹.

Tal especificidad permite comprender por qué a partir del movimiento reformador que se observó en el siglo XVIII en la escolástica latinoamericana, y que Isabel Mo-

¹⁰ "Venga Ud. al Chimborazo; profane Ud. con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del universo nuevo. Desde tan alto tenderá Ud. la vista: y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene y este trono de la naturaleza idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo". Carta a Simón Rodríguez del 19 de enero de 1824. Bolívar, Si. Obras cit. T. I. p. 981.

¹¹ Andrés Roig, A. Humanismo en la segunda mitad del Siglo XVIII. Banco Central de Ecuador. Quito. 1984. p. 48.

nal denomina "*reformismo electivo*"¹², pudo transitarse paulatinamente hacia ideas cada vez más radicales, contrarias a las supervivencias de la escolástica más esclerotizante, preparando así mejor para el terreno al despertar del pensamiento ilustrado. Tampoco puede desestimarse el hecho de que en el pensamiento escolástico español habían arraigado algunas ideas del derecho natural, la soberanía popular, etc., que fueron transmitidas a América mucho antes de la Ilustración, al punto que algunos investigadores, como Jaime Jaramillo Uribe, han llegado hasta considerar como innecesario el contacto con el pensamiento ilustrado europeo¹³.

Formulaciones como esa que efectúa Bolívar sobre el problema de la autodeterminación del mundo, indiscutiblemente poseen pretensiones de generalización filosófica y por tanto de proyección universal. No tienen como objetivo exclusivo reducirse a la explicación de una circunstancia coyuntural, aún cuando puedan utilizarse de instrumento para su consideración. Sin embargo, todas sus formulaciones están condicionadas o mediadas en última instancia por los problemas que tanto le preocupaban de América y de un modo u otro no sólo deben ser contextualizadas sino interpretadas en su significado para la labor desalienadora, liberadora a la cual consagró su vida. Pero sería estéril reducir sus planteamientos a estos marcos particulares exclusivos y no aquilatar el vuelo teórico de muchas de sus ideas.

¹² Monal, I. Las ideas en la América Latina. Casa de las Américas, La Habana. 1985. p. 100

¹³ "No era, por lo tanto, absolutamente necesario el contacto con las corrientes del pensamiento francés e inglés del siglo XVIII, para que se divulgase entre las últimas generaciones neogranadinas de la época colonial las ideas de soberanía popular, de poder limitado por las normas jurídicas y de libre elección de los gobernantes por el pueblo, porque esas ideas eran patrimonio común del pensamiento escolástico español y de la escuela del derecho natural, ambos estudiados en las universidades coloniales desde el siglo XVII". En Jaime Jaramillo Uribe, El pensamiento colombiano en el siglo XIX. Editorial Temis. Bogotá, 1982. p. 103.

En una circunstancia muy adversa como fue el terremoto del Jueves Santo de 1812 que destruyó parcialmente a Caracas y a otras ciudades venezolanas y provocó muchas víctimas, entre las cuales se encontraban gran cantidad de soldados del ejército independentista, se muestra la imbricación entre sus empeños liberadores, no reducidos a alcanzar la independencia de las metrópolis coloniales y la progresiva emancipación humana. Él aspiraba a liberar al hombre en un plano mucho más amplio. aún cuando no lo planteara en esos términos, su intención era emanciparlo de cualquier fuerza oscura que pudiera enajenarlo, por eso, ante aquella desconcertante situación exclamó:

Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que obedezca¹⁴.

Tal criterio, reiterado posteriormente ese mismo año en un discurso en Caracas estaba dirigido, en primer término, a estimular en sus compañeros la lucha de fe necesaria para continuar aquella extraordinaria empresa emancipadora. Pero a la vez trascendía mucho más por las implicaciones que se derivan lógicamente de su formulación desde una perspectiva filosófica más elevada que la que demandaban las urgencias de su tiempo.

En cierto modo se podría decir que su presumible determinismo ontológico, presente de algún modo en su visión cosmogónica, se vio alterado por cierto "voluntarismo" que lo llevaba a pensar que si existiesen fenómenos naturales opuestos a la intención renovadora del hombre, éste actuaría sobre ellos y los presionaría insistentemente para alcanzar sus objetivos. Por supuesto que este planteamiento en su contexto posee, ante todo, una connotación política evidente que consiste en sostener que no es posible cruzarse de brazos ante las dificultades

¹⁴ José L. Busaniche, Bolívar visto por sus contemporáneos. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1960. p. 24.

que puedan presentarse. Pero la base filosófica subyacente es mucho más sustanciosa y sugerente que la que se desprende de su lectura contextualizada.

Así cuando le confiaba a Santander que: "*La necesidad no conoce leyes*"¹⁵, no debe deducirse que Bolívar negase absolutamente las regularidades objetivas de los procesos que se dan en el mundo natural y social, las cuales en otras ocasiones él mismo planteaba. El trata más bien de insistir en el papel del factor subjetivo, del lado activo del sujeto en toda relación en la que intervenga el factor humano, como por aquella misma época, en su lejana Königsberg, intentaba fundamentar Kant.

En una plática filosófica Bolívar sostenía que:

No gusto entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentimientos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámase, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa ni vale la pena disputar sobre ello; para mí, la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractibilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia. Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materias de Eliseo y de Fánaro o Tártaro y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan tanto a los mortales

Y cuando su edecán Perú de Lacroix le dijo que esa filosofía era muy elevada y no veía muchos hombres capaces de elevarse hasta ella en estas tierras, Bolívar le replicó:

El tiempo amigo mío, la instrucción, las despreocupaciones que viene

¹⁵ Bolívar, S. Obras completas. Ed. Cit. Carta 7 de abril de 1825. T. I. Pág. 1077.

con ella y una cierta disposición en la inteligencia irán poco a poco iniciando a mis paisanos en las cosas naturales, quitándoles aquellas ideas y gustos por las sobrenaturales¹⁶.

No debe ser objeto principal de este análisis desempolvar las posibles confluencias en materia epistemológica de Bolívar con el materialismo francés o las interpretaciones propias del materialismo vulgar que establecían derivaciones similares en cuanto a la relación alma-cuerpo, *siquis-cerebro*, etc. Más importante resulta que aquí se revele su confianza en que la educación y en particular la propia "disposición de la inteligencia", cuando fuese adecuadamente cultivada, a la larga debería conducir al proceso desalienatorio al liberarlo de aquello que empequeñecía al hombre ante el pretendido mundo de lo sobrenatural. Este factor debe tenerse presente a la hora de valorar la actitud de Bolívar ante la religión, en la que se combinan sus ideas predominantes al respecto inspiradas en Voltaire y el Conde de Volney y en la que es evidente la huella del anticlericalismo¹⁷ y las que sostiene al final de su vida cuando parece aflorar con mayor frecuencia su fe.

En correspondencia con los objetivos del presente análisis en el que se pretende demostrar la función desalienadora que jugó el pensamiento de Bolívar, resultaría estéril centrar la atención en la cuestión de clasificarlo dentro de las tradicionales tendencias que se plantean la existencia o no de lo divino. Más importante es arribar a conclusiones sobre las vías que utilizó y las fundamentaciones que formuló para lograr que el hombre alcance cada vez niveles superiores de libertad en todos los planos

16 Perú de Lacroix, L. *Diario de Bucaramanga*. Madrid. Edit. América. 1924, pp. 129-130.

17 En una carta dirigida al soberano congreso de la Nueva Granada, escrita en Cartagena el 27 de noviembre de 1812, escribió: "Y, en fin, el fanatismo religioso, hipócritamente manejado por el clero, empeñado en transtornar el espíritu público por sus miras de egoísmo e intereses de partido temiendo la pérdida de su preponderancia sobre los pueblos supersticiosos". Bolívar, S. *Documentos*. Edic. Cit. p. 5.

y no solamente en el político, aun cuando haya sido en la esfera de la vida política donde básicamente contribuyó a la emancipación del hombre latinoamericano. Esto se aprecia en otros análisis que realiza a raíz de enjuiciar los factores adversos al proceso independentista; en los mismos se conjugan una vez más las propuestas para resolver conflictos de carácter circunstancial y las formulaciones que por su nivel de abstracción penetran en el terreno filosófico propiamente, pues se trata del conflicto entre lo progresivo y lo regresivo, así como entre las fuerzas materiales y las espirituales de la sociedad. Al respecto, en cierta ocasión escribía:

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son por lo común más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna entre nosotros la masa ha seguido a la inteligencia. Yo diré a Ud. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos¹⁸.

Si bien en este caso hace referencia básicamente a un contexto político determinado, esto es, la lucha entre conservadores y reformadores sociales, más allá de este problema específico hay una tesis mucho más esencial que él mismo expresa al plantear que: "la masa física se equilibra con la fuerza moral". Esto significa que en la sociedad la acción del hombre juega un papel tan dinámico y potencializador que contrarresta cualquier lastre que puedan constituir la acción de otras fuerzas materiales.

18 Bolívar, S. Obras completas. Ed. Cit. T. I. p. 174.

La sociedad y sus resultados no son para él el producto mecánico de fuerzas físicas que se mueven de un modo predeterminado. Al contrario, para Bolívar el hombre es un sujeto activo donde la fuerza moral y la capacidad intelectual son decisivas, lo mismo en el plano artístico, científico como en el político. Esa convicción sobre las potencialidades de la actividad humana, donde el componente subjetivo es indispensable, se expresa en muchas ocasiones como la conocida carta de Jamaica. Su confianza en el hombre y su capacidad autoperfectible se revela a través de sus criterios sobre el papel de los pueblos como gestores de sus propios destinos, y en la función de la violencia revolucionaria como partera de la historia. Esto queda plasmado cuando sostiene que : *“El pueblo que ama su independencia, por fin la logra”*¹⁹. Con este fin, sostiene la necesidad de desplegar la violencia revolucionaria como expresión superior de la actividad humana en el plano social, para exterminar la no menos activa violencia reaccionaria, que tiene como fin último doblegar a los pueblos e infundirles la falsa creencia de su incapacidad para transformar sus circunstancias sociales.

Bolívar le otorga a la subjetividad una fuerza extraordinaria, pues sitúa en la exclusiva actividad humana la esperanza potencial de toda liberación. La libertad, a su juicio, no se mantiene, ni se logra fácilmente y hay que intentar alcanzarla siempre, aun cuando no se avizore su inmediata obtención. Pues, para él, la libertad es consustancial al hombre por naturaleza propia y cuando está ausente, se debe a que éste permite que se le enajene de ella y no emprende su reconquista y enriquecimiento.

Observareis muchos sistemas de manejar hombres -decía en 1819- más todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar el género humano conducido por pastores de pueblos, no disminuye el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del globo como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores. La naturaleza a la ver-

¹⁹ Ibid., T. I. p. 160.

dad nos dota al nacer del incentivo de la libertad; mas sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad, lo cierto es que ella reposa tranquila aunque ligada con las trabas que le imponen²⁰.

Esto significa que concibe la libertad como un producto complejo elaborado a partir de componentes naturales y sociales, entre los cuales se destacan la sabiduría y la gestión humanas como insustituibles intermediarios en su consecución. Apoyándose en Rousseau, Bolívar consideraba a la libertad como:

un alimento succulento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos -sostenía- tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad²¹.

En correspondencia con tales criterios, El Libertador estaba convencido de que si el pueblo no se preparaba a través de la educación y el cultivo del saber en todas sus dimensiones, no podría jamás disfrutar del poder de la libertad.

Los poderes enajenantes, de distinto orden y magnitud, se entrenaban permanentemente en buscar opciones que posibilitasen que masas humanas menesterosas mantuvieran *status quo* de dominación. A su juicio:

Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza, y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil²².

En tal empeño las luces emanadas por la filosofía de la Ilustración debían borrar toda sombra alienante.

Su realismo optimista en su visión del pueblo se

20 Bolívar, S. Discurso de Angostura. Edic. p. 91

21 Bolívar, S. Obras Completas. Edic. Cit. p. 173.

22 Bolívar, S. Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia. 25 de mayo de 1826. Introducción a Bolívar. De. Cit. p. 126.

plasma a través de su convencimiento de que éste debe ser el sujeto principal de su propia liberación y de su propio futuro. Esto hace que en el pensamiento latinoamericano de su época, Bolívar constituya uno de los mejores exponentes de la recepción creadora del humanismo y el optimismo histórico de los cuales está impregnada la Ilustración, que trasciende a planos superiores por su compromiso orgánico en la praxis liberadora y alcanza dimensiones de humanismo práctico. Cuando Bolívar plantea que: "*causas individuales pueden producir resultados generales, sobre todo en las revoluciones*"²³, dejaba a su vez sentado su criterio sobre la aceleración y mayor viabilidad de la acción individual en momentos tan decisivos de la historia como esos, cuando el papel de las masas populares se multiplica y alcanza dimensiones colosales, pero a la vez las personalidades encuentran condiciones más propicias para destacarse. Es ese el momento en que afloran con ímpetu extraordinario y desempeñan un papel protagónico en el desarrollo social.

No se puede liberar del todo a Bolívar de una cierta dosis de utopía en sus proyectos políticos, como se aprecia en su idea de la unidad de todos los pueblos latinoamericanos. Aun hoy en día se mantiene como una utopía concreta y necesaria frente a la peligrosa utopía abstracta del panamericanismo que él combatió desde sus orígenes y hoy se levanta nuevamente amenazante. En definitiva su latinoamericanismo, como el de Martí, no era infundado, ni mucho menos se trataba de algo absolutamente imposible de acrisolar. En todo revolucionario siempre hay, necesariamente, dosis indispensables de utopismo, de idealismo, de altruismo. Y Bolívar no podía ser una excepción, cuando se trata del internacionalista más grande de todos los tiempos en nuestra América. Pero cuando Bolívar luchaba por realizar ideas que para muchos de sus contemporáneos eran absolutamente utópicas, como la eliminación de la esclavitud, por considerar que: "*la*

²³ Bolívar, S. Obras Completas. Edic. Cit. p. 173.

*infracción de todas las leyes es la esclavitud*²⁴, o cuando reclamaba la dignificación de los pueblos indígenas, no lo hacía inspirado en el humanismo abstracto, que nos han acostumbrado innumerables discursos politicistas, sino inspirado en las conquistas más altas del pensamiento de la Ilustración sobre la igualdad y la libertad humanas, que tenían en Rousseau uno de sus mayores exponentes. Su agudeza le permitió nutrirse muy selectivamente de las ideas de este pensador y de otros de la Ilustración al respecto, pero más que la utilización erudita o la retórica refinada, las cuales no estaban tampoco ausentes en su depurada oratoria, su misión consistió en utilizar aquel instrumental de ideas atemperándolas a este "pequeño género humano" y a la vez extrayendo las experiencias y enseñanzas que sus años de lucha le habían permitido elaborar, aportando criterios al pensamiento ilustrado latinoamericano.

Aun cuando muchos se han cuestionado la existencia propiamente de la filosofía en América Latina en ese período, en particular, donde todavía no parecía que habían sido elegidos los "fundadores", nadie podrá dudar jamás de que en la historia de esta región la obra redentora de Bolívar tuvo por fuente nutritiva principal el pensamiento filosófico de la Ilustración, del cual él no fue un simple receptor, sino un atractivo contribuyente y gestor. Ello obliga a que haya que otorgarle no sólo el merecido lugar en la historia de las ideas filosóficas de Nuestra América, sino a la hora de efectuar la más justa valoración de las múltiples manifestaciones de la Ilustración a escala universal.

PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ

Universidad Central de Las Villas.

²⁴ Bolívar, S. Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia. 25 de mayo de 1826. Introducción a Bolívar. De. Cit. p. 126.